

Febro.
1910

PACIFICO

PRECIO
UN PESO

MAGAZINE





Ruben Darío

Rubén Darío en Chile

Tócale muy de cerca a Chile el duelo de la muerte de Rubén Darío: en nuestro país residió el poeta algunos años; aquí escribió muchos de entre los mejores de sus libros: tales como "Azul" y las "Rimas", que marcan una época en las letras indo-latinas; en nuestros círculos literarios de entonces, entre los años 87 y 90, y sobre todo en la redacción de "La Epoca", fué camarada de tareas y amigo, de Alfredo Irarrázabal, Pedro Nolasco Préndez, Eduardo de la Barra, Jorge y Roberto Humeus, Manuel Rodríguez Mendoza, Pedro Balmaceda Toro y de tantos otros cuyos nombres colmarían más de una página.

En este instante de su muerte, que llora toda la América latina, la prensa, unánime, le ha tributado al Maestro el homenaje sin reticencias de la más franca admiración. Bien merecida corona de laurel para quien tanto realizó en bien de las letras castellanas y para mayor gloria de América.

Continuas referencias y recuerdos de su estada en Chile consignó Rubén Darío en sus libros. De entre ellos hemos podido tomar algunos de los capítulos de su volumen enteramente desconocido: "A. de Gilbert", dedicado a la memoria de Pedro Balmaceda Toro y la parte en que refiere su estada en Chile en su tomo de memorias, que tres días antes de su muerte recibíamos de Europa. También reproducimos en este homenaje de "Pacífico Magazine" algunas de sus poesías características que dan toda la medida de su original temperamento lírico.

A. D.

Con ilustraciones

HISTORIA DE MIS "ABROJOS"

En días de gran trabajo y no pocas tristezas, vivíamos Rodríguez Mendoza y yo en dos departamentos del edificio de "La Epoca". El bregaba con su pluma de escritor brillante y fuerte, por las ideas políticas del diario, que era, como es, el principal órgano de los montt-varista. Por el escabroso terreno de esas luchas apasionadas, empezaba a descender al valle de los desengaños. Yo pensaba en mi lejano país, en todas las dulces cosas de la tierra en que se nace, los amigos de la primera edad, las ilusiones en flor, el trópico vibrante y cálido, la cosecha de tristezas en plena primavera de la vida; hasta en las torpezas, cegueras o infamias que más de una vez llevan a los hombres al destierro voluntario.

Juntos, Manuel y yo, comunicábamosnos nuestras penas y nos consolábamos con la visión del sol alegre, de la grata esperanza; con la alentadora, serena e ingenua vanidad del

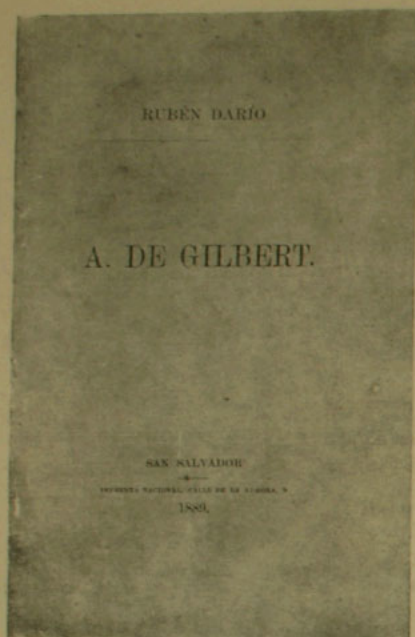
que para no caer en la brega, se ase a su alma, y cuenta, en la noche, con el porvenir.

Entonces escribí mis "Abrojos" de los cuales Pedro Balmaceda fué el entusiasta y bravo editor.

Pedro vió en ellos la expresión sincera y profunda de una desolación íntima y verdadera, de una amargura experimentada; me hizo el bien de no confundir mis versos de mi alma, con tantos arranques quejumbrosos, o blasfemias estúpidas que por ahí han florecido como yerbas malas, que pretenden en el jardín de las letras el mismo jarrón que los vergissmeinnicht y rosas espinosas de Heine, o los desfalleciente lirios y campanillas azules de Gustavo Becquer.

Sí, mis "Abrojos", "vividos", por decir así, eran desahogos. En cuanto al procedimiento técnico, nacieron de las "Humoradas" de Campoamor, y, sobre todo, de las "Saetas" de Leopoldo Cano.

En el prólogo de ellos, he dicho ya cómo



Portada interior de su volumen "A. de Gilbert", hoy un tesoro bibliográfico.

nacieron. Los escribía sin plan, sin relación ninguna de unos con otros. Eran recuerdos, ideas que dejaba,

descocado, anti-metódico,
en el margen de un periódico,
o en un trozo de papel.

Pedro los hizo imprimir en casa de Jover. Hasta entonces, nunca había aparecido en los escaparates y vidrieras edición chilena de versos más artística ni más lujosa que aquella.

El libro fué bien recibido, y el artículo de Pedro, mi querido editor, el mejor de todos los que trataron del asunto, y uno de los más lindos cincelados por aquel orfebrero de la literatura, fascinador en su rara policromía de la palabra.

Si Pedro no hubiese publicado el libro, los "Abrojos" no habrían sido conocidos. Yo no quería que viesen la luz del público por más de una razón. El libro adolece de defectos, y aún entonces, no estaba yo satisfecho de él. Como primer libro, como tarjeta de entrada a la vida literaria de Santiago, no era muy a

propósito. Ante todo, hay en él un escepticismo y una negra desolación, que si es cierto que eran verdaderos, eran obra del momento. Dudar de Dios, de la virtud, del bien, cuando aún se está en la aurora, no. Si lo que creemos puro lo encontramos manchado, si la mano que juzgamos amistosa nos hiere o nos enloda; si enamorados de la luz, de lo santo, de lo ideal, nos encontramos frente a la cloaca; si las miserias sociales nos producen el terror de la vergüenza; si el hermano calumnia al hermano, si el hijo insulta al padre, si la madre vende a la hija, si la garra triunfa sobre el ala, si las estrellas tiemblan arriba por el infierno de abajo... truenos de Dios! ahí estáis para purificarlo todo, para despertar a los aletargados, para anunciar los rayos de la justicia.

Pedro, en su delicadísimo artículo, en que el cariño guía la pluma, llama a los "Abrojos" "el libro de Job de la Adolescencia".

Hoy, por más que los desengaños han desfruido muchas de mis ilusiones, adorador de Dios, hermano de los hombres, amante de las mujeres, pongo mi alma bajo mi esperanza.

Maintenant, je voit l'aube...

L'aube! c'est l'esperance!

Al son de la gloriosa música del arpa, me quedo con David.

PEDRO BALMACEDA EN LA INTIMIDAD

Mis relaciones con Pedro aumentaban cada día más, hasta llegar a la intimidad. Nos visitábamos. Yo le iba a ver con frecuencia; a leer, a "hacer once", en el día; a tomar el té, en la noche.

Entrando por la puerta principal al Palacio de la Moneda, se subía una escalera, a la izquierda,—al pie de la cual se paseaba un granadero, el arma al brazo,—se iba rectamente pasando frente a la puerta del despacho del Presidente de la República, se torcía a la derecha, y se encontraba entre varias, tras una crujía de piezas, a unos cinco pasos, una puerta con vidrios deslustrados. Era la del gabinete de Pedro; el que tenía antes de la última refacción de esa parte del palacio.

Un pequeño y bonito cuarto de joven y

de artista, por mi fêl; pero que no satisfacía a su dueño. El era apasionado por los bibelots curiosos y finos, por las buenas y verdaderas japerías, por los bronces, las miniaturas, los platos y medallones, todas esas cosas que dan a conocer en un recinto cuyo es el poseedor y cuál su gusto. Paréceme var aún, a la entrada, un viejo pastel, retrato de una de las bisabuelas de Pedro, dama hermosísima en sus tiempos, con su cabellera recogida, su tez rosada y un perfil de duquesa. Más allá, acuarelas y sepias, regalos de amigos pintores. Fija tengo en la mente una reproducción de un asunto que inmortalizó Doré: allá en el fondo de la noche, la silueta negra de un castillo; la barca que lleva un muño y triste remador; y en la barca tendido el cuerpo de la mujer pálida. Cerca de este pequeño cuadro, un retrato de Pedro, pintado en una valva, en traje de los tiempos de Buckingham, de Pedro cuando niño, con su suave aire infantil y su hermoso rostro sobre la gorguera de encajes ondulados. En panoplia, los retratos de la familia, de amigos, y entre éstos, llamando la vista, el de D. Carlos de Borbón, vestido de huaso chileno; retrato que le obsequió el príncipe cuando Pedro fué a pagarle la visita que aquel hizo al Sr. D. José Manuel Balmaceda, a su paso por Santiago. En todas partes libros, muchos libros, libros clásicos y las últimas novedades de la producción universal, en especial la francesa. Sobre una mesa diarios, las pilas azules y rojizas de la "Nouvelle Revue" y la "Revue de deux Mondes". Un ibis de bronce, con su color acardenillado y viejo, estiraba su cuello inmóvil, hieráticamente. Era una figura pompeyana auténtica, como un César romano que le acompañaba, de labor vigorosa y admirable.

Cortaban el espacio de la habitación, pequeños biombos chinos bordados de grullas de oro y de azules campos de arroz, espigas y eflorescencias de seda.

Había una puerta que daba a las salas de la familia, y otra puerta que llevaba a una pequeña alcoba.

Junto a esta última, no lejos del piano, se veía colgado un cuadrito de madera y en el centro un pedazo de seda con los colores de la bandera francesa, opacos y descoloridos por el tiempo. En letras viejas se leía en él: Liberté, Egalité, Fraternité. Era un pasaporte del tiempo del Terror. Sobre una repisa, entre varios bibelots, sobresalía una quimera de por-

celana antiquísima, de un tono dorado, con las fauces abiertas.

No olvidaré en toda mi vida—porque si de la memoria se me borrasen las tendría presentes en el corazón,—las noches que en ese habitáculo del cariño y del ingenio pasé, cuando el cólera en 1887 vertía en la gallarda Santiago sus venenosas urnas negras. El te humeaba fragante; en el plaqué argentado chispeaba el azúcar cristalina; la buena musa Juventud nos cubría con sus alas rosadas, la charla desbordante, hacía tintinabular campanillas de oro en el recinto; pasaba afuera el soplo de la noche fría; dentro estaba el confort, la atmósfera cálida y las ondas áureas con que nos inundaba la girándula del gas; y una ilusión viene y otra ilusión va; un recuerdo, un verso, un chisporroteo; a veces casi hasta la media noche, hasta que un recado maternal llegaba: "Ya es hora de que te duermas". Entonces aplazábamos el tema comenzado, nos despedíamos; y más de una vez, a eso de la media noche, rechinaron los pesados cerrojos de las enormes puertas del Palacio de la Moneda dando paso a dos personas. El fiel y viejo sirviente de la casa iba a acompañarme, allá lejos, a donde yo vivía, a la calle de Nataniel!

Oh, cuántas veces en aquel cuarto, en aque-



Estuche contentivo del penúltimo volumen del poeta.

llas heladas noches, él y yo, los dos soñadores, unidos por un afecto razonado y hondo, nos entregábamos al mundo de nuestros castillos aéreos. Iríamos a París, seríamos amigos de Armand Silvestre, de Daudet, de Catulle Mendès; le preguntáramos a éste por qué se deja sobre la frente un mechón de su rubia cabellera; oíríamos a Renán en la Sorbona y trataríamos de ser asiduos contertulios de madama Adam; y escribiríamos libros franceses, eso sí. Haríamos un libro entre los dos, y trabajaríamos porque llevase ilustraciones de Emile Bayard, o del ex-chileno Santiago Ar-

ba, y yo estoy ahora llorando por él en un campo lejano de mi tierra de Centro América, con el alma dolorida y pensando en que él fué para mí como uno de esos seres desconocidos que nos sonrîen, cariñosos y fugaces, en el país del sueño!

El también sufría, mi pobre y amado amigo. su alma sideral y luminosa flotaba en su dolor profundo como una estrella en la sombra. Como águila mal enjaulada, ha roto a golpes de pico y ala su cárcel estrecha, y ha tendido el vuelo para Dios!

RECUERDOS DE CHILE

Por fin, el vapor llega a Valparaíso. Como pro un periódico. Veo que ha muerto Vicuña Mackenna. En veinte minutos, antes de desembarcar, escribo un artículo. Desembarco. La misma cosa que en el Salvador: ¿qué hotel? El mejor.

No fué el mejor, sino un hotel de segunda clase en donde se hospedaba un pianista francés llamado el capitán Yoyer. Hice buscar a Eduardo Poirier y al poco rato este hombre generoso, correcto y eficaz estaba conmigo, dándome la ilusión de un Chile espléndido y realizable para mis aspiraciones "El Mercurio" de Valparaíso, publicó mi artículo sobre Vicuña Mackenna y me lo pagó largamente. Poirier fué entonces, después y siempre, como un hermano mío. Pero había que ir inmediatamente a Santiago, a la capital. Poirier me pidió la carta que traía yo para aquel personaje eminente en la ciudad directiva y la envió al destinatario.

Mi artículo en "El Mercurio", mi renombre anterior... Contestó aquel personaje que tenía en el Hotel de France ya listas las habitaciones para el señor Darío y que me esperaba en la estación. Tomé el tren para Santiago.

Por el camino no fueron sino rápidas visiones para los ojos de poeta, y he aquí la capital chilena.

Ruido de tren que llega, agitación de familias, abrazos y saluciones, mozos, empleados de hotel, todo el trajín de una estación metropolitana. Pero a todo esto las gentes se van, los coches de los hoteles se llenan y desfilan y la estación va quedando desierta. Mi valijita y yo quedamos a un la-



Decoración interior del penúltimo libro del poeta.

cós... Y bien, ¿qué título llevaría el libro? Ante todo el estilo. ¿No es cierto, hombre? Iríamos luego a Italia y a España. Y luego, ¿por qué no? un viaje al bello Oriente, a la China, al Japón, a la India, a ver las raras pagodas, los templos llenos de dragones y las pintorescas casitas de papel, como aquella en que vivió Pierre Loti; y, vestidos de seda, más allá, pasaríamos por bosques de desconocidas vegetaciones, sobre un gran elefante... Pedro de pronto lanzaba una gran careajada:—"Y haríamos ¿no es así? lo de Tartarín de Tarascón!"

¡Dios mío! Y esto fué ayer no más, y él ha partido, y ocupa el negro hueco de una tum-

do, y ya no había nadie casi en aquel largo recinto, cuando diviso dos cosas: un carruaje espléndido con dos soberbios caballos, cochero estirado y valet y un señor todo envuelto en pieles, tipo de financiero o de diplomático, que andaba por la estación buscando algo. Yo, a mi vez, buscaba. De pronto, como ya no había nada que buscar, nos dirigimos el personaje a mí y yo al personaje. Con un tono entre dudoso, asombrado y despectivo me preguntó:—“¿Sería usted acaso el señor Rubén Darío?” Con un tono entre asombrado, miedoso y esperanzado pregunté:—“¿Sería usted acaso el señor C. A.?” Entonces vi desplomarse toda una Jerieó de ilusiones. Me envolvió en una mirada. En aquella mirada abarcaba mi pobre cuerpo de muchacho flaco, mi cabellera larga, mis ojeras, mi jaequecito de Nicaragua, unos pantaloncitos estrechos que yo creía elegantísimos, mis problemáticos zapatos, y sobre todo mi valija. Una valija indescriptible actualmente, en donde, por no sé qué prodigio de comprensión, cabían dos o tres camisas, otro pantalón, otros cuantas cosas de indumentaria, muy pocas, y una cantidad inimaginable de rollos de papel, periódicos, que luchaban apretados por caber en aquel reducidísimo espacio. El personaje miró hacia su coche. Había allí un secretario. Lo llamó. Se dirigió a mí.—“Tengo—me dijo,—mucho placer en conocerle. Le había hecho preparar habitación en un hotel de que le hablé a su amigo Poirier. No le conviene”.

Y en un instante aquella equivocación tomó ante mí el aspecto de la fatalidad y ya no existía, por los justos y tristes detalles de la vida práctica, la ilusión que aquel político opulento tenía respecto al poeta que llegaba de Centro América. Y no había, en resumidas cuentas, más que el inexperto adolescente que se encontraba allí a caza de sueños y sintiendo los rumores de las abejas de esperanza que se prendían a su larga cabellera.

Por recomendación de aquel distinguido caballero entré inmediatamente en la redacción de “La Epoca”, que dirigía el señor Eduardo Mac-Clure, y desde ese momento me incorporé a la joven intelectualidad de Santiago. Se puede decir que la “élite” juvenil santiaguina se reunía en aquella redacción,

por donde pasaban graves y directivos personajes. Allí conocí a don Pedro Montt, a don Agustín Edwards, cuñado del director del diario, a don Augusto Orrego Luco, al doctor Federico Puga Borne, actual Ministro de Chile en Francia, y a tantos otros que pertenecían a la alta política de entonces.

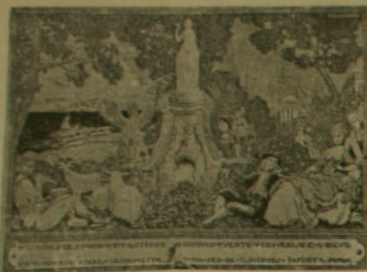
La falange nueva la componía un grupo de muchachos brillantes que han tenido figuración, y algunos tienen, no solamente en las letras, sino también en puestos de gobierno. Eran habituales a nuestros reuniones Luis Orrego Luco; el hijo del Presidente de la



Portada del libro “Canto a la Argentina”.

República, Pedro Balmaceda; Manuel Rodríguez Mendoza; Jorge Huneeus Gana; su hermano Roberto; Alfredo y Galo Irrazábal; Narciso Tondreau; el pobre Alberto Blest, ido tan pronto; Carlos Luis Hübner y otros que animaban nuestros entusiasmos con la autoridad que ya tenían; por ejemplo: el sutil ingenio de Vicente Grez o la romántica y caballeresca figura de Pedro Nolasco Préndez.

Luis Orrego Luco hacía presentir ya al escritor de emoción e imaginación que había de triunfar con el tiempo en la novela. Rodríguez Mendoza era entendedor de artísticas disciplinas y escritor político que fué muy apreciado. A él dediqué mi colección de poe-



Decoración interior del primer volumen de la obra selecta del poeta.

sías "Abrojos". Jorge Huneeus Gana se apasionaba por el clásico. Hoy mismo, que la diplomacia le ha atraído por completo, no olvidaba sus ganados lauros de prosista y publica libros serios, correctos e interesantes. Su hermano Roberto era un poeta sutil y delicado; hoy ocupa una alta posición en Santiago. Galo Irrázaval murió no hace mucho tiempo, de diplomático, y su hermano Alfredo, que en aquella época tenía el cetro sonoro de la poesía alegre y satírica, es ahora Ministro Plenipotenciario en el Japón. Tondreau hacía versos gallardos y traducía a Horacio. Ha sido intendente de una provincia. Todos los demás han desaparecido; muy recientemente el cordial y perspicaz Hübner.

Mac-Clure solía aparecer a avivar nuestras discusiones con su rostro sonriente y su inseparable habano. Era lo que en España se llama un hidalgo y en Inglaterra un "gentlemen".

La impresión que guardo de Santiago, en aquel tiempo, se reduciría a lo siguiente: vivir de arenques y cerveza en una casa alemana para poder vestirme elegantemente, como correspondía a mis amistades aristocráticas. Terror del cólera que se presentó en la capital. Tardes maravillosas en el cerro de Santa Luefa. Crepúsculos inolvidables en el lago del Parque Cousiño. Horas nocturnas con Alfredo Irrázaval, con Luis Orrego Luco o en el silencio del Palacio de la Moneda, en compañía de Pedro Balmaceda y del joven conde Fabio Sanminatelli, hijo del Ministro de Italia.

Debo contar que una tarde, en un "lunch", que allá llaman hacer "once", conocí al Presidente Balmaceda. Después debía tratarle más detenidamente en Viña del Mar. Fuí in-

vitado a almorzar por él. Me colocó a su derecha, lo cual, para aquel hombre lleno de justo orgullo, era la suprema distinción. Era un almuerzo familiar. Asistía el canónigo doctor Florencio Fontecilla, que fué más tarde obispo de La Serena y el general Orozimbo Barboza, a la sazón Ministro de la Guerra.

Era Balmaceda, a mi entender, el tipo del romántico-político y selló con su fin su historia. Era alto, garboso, de ojos vivaces, cabellera espesa, gesto señorial, palabra insinuante—al mismo tiempo autoritaria y meliflua. Había nacido para príncipe y para actor. Fué el rey de un instante, de su patria; y concluyó como un héroe de Shakespeare. ¿Qué más recuerdos de Santiago que sean intelectualmente simpáticos? La capa de don Diego Barros Arana; la tradicional figura de los Amunátegui; don Luis Montt en su biblioteca.

Voy a referir algo que se relaciona con mi actuación en la redacción de "La Epoca". Una noche apareció nuestro director en la tertulia y nos dijo lo siguiente:

"Vamos a dedicar un número a Campoamor, que nos acaba de enviar una colaboración. Doscientos pesos al que escriba la mejor cosa sobre Campoamor". Todos nos pusimos a la obra. Hubo notas muy lindas; pero por suerte, o por concentración de pensamiento, ninguna de las poesías resumía la personalidad del gran poeta, como esta décima mía:

"Este del cabello cano
como la piel del armíño,
juntó su candor de niño
con su experiencia de anciano.
Cuando se tiene en la mano
un libro de tal varón
abeja es cada expresión,
que volando del papel
deja en los labios la miel
y pica en el corazón".

Debo confesar, sin vanidad ninguna, que todos los compañeros aprobaron la disposición del director que me adjudicaba el ofrecido premio.

Y ahora quiero evocar del triste, malogrado y prodigioso Pedro Balmaceda. No ha tenido Chile poeta más poeta que él. A nadie se le podría aplicar mejor el abjetivo de Hamlet: "Dulce príncipe". Tenía una cabeza apolínea, sobre un cuerpo deforme. Su palabra era insinuante, conquistadora, áurea. Se veía también en él la nobleza que le venía por linaje. Se diría que su juventud estaba llena de experiencia. Para sus pocos años tenía una sapiente erudición. Poseía idiomas.

Sin haber ido a Europa sabía detalles de bibliotecas y museos. ¿Quién escribía en ese tiempo sobre arte, sino él? Y, ¿quién daba en ese instante una vibración de novedad de estilo como él? Estoy seguro, de que todos mis compañeros de aquel entonces, acuerdan conmigo, la palma de la prosa a nuestro Pedro, lamentado y querido.

Y, ¿cómo no evocar ahora que él fué quien publicara mi libro "Abrojos", respecto al cual escribiera una página artística y cordial?

Por Pedro pasé a Valparaíso, en donde—¡anomalía!—iba a ocupar un puesto en la Aduana.

Valparaíso, para mí, fué la ciudad de alegría y de tristeza, de comedia y de drama y hasta de aventuras extraordinarias. Estas quedarán para después.

Pero no dejaré de narrar mi permanencia y mi salida de la redacción de "El Heraldo". Lo dirigía a la sazón Enrique Valdés Vergara. Era un diario completamente comercial y político. Había sido yo nombrado redactor por influencia de don Eduardo de la Barra, noble poeta y excelente amigo mío. Debo agregar para esto la amistad de un hombre muy querido y muy desgraciado en Chile: Carlos Toribio Robinet.

Se me encargó una crónica semanal. Escribí la primera sobre *sports*. A la cuarta me llamó el director y me dijo: "Usted escribe muy bien... Nuestro periódico necesita otra cosa... Así es que le ruego no pertenecer más a nuestra redacción..." Y, por escribir muy bien, me quedé sin puesto.

¿Qué no olvide yo estos tres nombres protectores: Poirier, Galleguillos Lorca y Sotomayor!

Mi vida en Valparaíso se concentra en ya improbables o ya hondos amoríos; en vagares a la orilla del mar; sobre todo, por Playa Ancha; invitaciones a bordo de los barcos, por marinos amigos y literarios; horas nocturnas, ensueños matinales, y lo que era entonces mi vibrante y ansiosa juventud.

Por circunstancias especiales e inquerida bohemia, llegaron para mí momentos de tristeza y escasez. No había ino partir. Partir gracias a don Eduardo de la Barra, Carlos Toribio Robinet, Eduardo Poirier y otros amigos.

Antes de embarcar a Nicaragua aconteció que yo tuviese la honra de conocer al gran

chileno don José Victorino Lastarria. Y fué de esta manera: Yo tenía, desde hacía mucho tiempo, como una viva aspiración el ser corresponsal de "La Nación" de Buenos Aires. He de manifestar que es en ese período—o donde comprendí a mi manera el manejo del estilo y que en ese momento fueron mis maestros de prosa dos hombres muy diferentes: Paul Groussac y Santiago Estrada, además de José Martí. Seguramente en uno y otro existía espíritu de Francia. Pero de un modo decidido, Groussac fué para mí el verdadero conductor intelectual.

Me dijo don Eduardo de la Barra: Vamos a ver a mi suegro, que es íntimo amigo del general Mitre, y estoy seguro de que él tendrá un gran placer en darle una carta de recomendación para que logremos nuestro objeto, y también estoy seguro de que el general Mitre aceptará inmediatamente la recomendación. En efecto, a la vuelta de correo, venía la carta del general, con palabras generosas para mí, y diciéndome que se me autorizaba para pertenecer desde ese momento a "La Nación".

Quiso, pues, mi buena suerte que fuesen un Lastarria y un Mitre quienes iniciasen mi colaboración en ese gran diario.

Estaba Lastarria sentado en una silla, Vol-



Portada interior de la elegante edición del "Canto a la Argentina".

taire. No podía moverse por su enfermedad. Era venerable su ancianidad llustre. Flúa de éi autoridad y majestad.

Había mucha gloria chilena en aquel prócer. Gran bondad emanaba de su virtud y aunca he sentido en América como entonces la majestad de una presencia sino cuando conocí al general Mitre en la Argentina y al doctor Rafael Núñez en Colombia.

Con mi cargo de corresponsal de "La Nación" me fui para mi tierra, no sin haber escrito mi primera correspondencia fechada el 3 de febrero de 1889, sobre la llegada del crucero brasileño "Almirante Barroso" a Valparaíso, a cuyo bordo iba un príncipe, nieto de don Pedro.

En todo este viaje no recuerdo ningún incidente, sino la visión de la "débaele" de Panamá: Carros cargados de negros africanos que aullaban porque, según creo, no se les habían pagado sus emolumentos. Y aquellos hombres desnudos y con los brazos al cielo, pedían justicia.

A MARGARITA DEBAYLE

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar;
yo siento
en el alma una alondra cantar:
tu acento.
Margarita te voy a contar
un cuento.

Este era un rey que tenía
un palacio de diamantes,
una tienda hecha del día
y un rebaño de elefantes.

un kiosco de malaquita,
un gran manto de tisú,
y una gentil princesita,
tan bonita.
Margarita,
tan bonita como tú.

Una tarde la princesa
vió una estrella aparecer;
la princesa era traviesa
y la quiso ir a coger.

La quería para hacerla
decorar un prendedor,
con un verso y una perla,
y una pluma y una flor.

Las princesas primorosas
se parecen mucho a ti:
cortan lirios, cortan rosas,
cortan astros. Son así.

Pues se fué la niña bella,
bajo el cielo y sobre el mar,
a cortar la blanca estrella
que la hacía suspirar.

Y siguió camino arriba,
por la luna y más allá;
mas lo malo es que ella iba
sin permiso del papá.

Cuando estuvo ya de vuelta
de los parques del señor,
se miraba toda envuelta
en un dulce resplandor.

Y el rey dijo: "¿Qué te has hecho?
Te he buscado y no te hallé;
y ¿qué tienes en el pecho,
que encendido se te ve?"

La princesa no mentía.
Y así, dijo la verdad:
"Fui a cortar la estrella mía
a la azul inmensidad."

Y el rey clama: "¿No te he dicho
que el azul no hay que tocar?
¡Qué locura! ¡Qué capricho!
El Señor se va a enojar."

Y dice ella: "No hubo intento;
yo me fui no sé por qué;
por las olas y en el viento
fui a la estrella y la corté."

Y el papá dice enojado:
"Un castigo has de tener;
vuelve al cielo, y lo robado
vas ahora a devolver."

La princesa se entristece
por su dulce flor de luz,
cuando entonces aparece
sonriendo el Buen Jesús.

Y así dice: "En mis campiñas
esa rosa le ofrecí;
son mis flores de las niñas
que al soñar piensan en mí."

Viste el rey ropas brillantes,
y luego hace desfilar
cuatrocientos elefantes
a la orilla de la mar.

La princesita está bella,
pues ya tiene el prendedor
en que lucen con la estrella,
verso, perla, pluma y flor.

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar;
tu aliento.
Ya que lejos de mí vas a estar,
guarda, niña, un gentil pensamiento
al que un día te quiso contar
un cuento.

ELOGIO DE LA SEGUIDILLA

Metro mágico y rico que al alma expresas
llameantes alegrías, penas arcanas,
desde en los suaves labios de las princesas
hasta en los bucos rojas de las gitanas.

Las almas armoniosas buscan tu encanto,
sonora rosa métrica que ardes y brillas,
y España ve en ti ritmo, siente en tu canto,
sus hembras, sus claveles, sus manzanillas.

Vibras al aire alegre como una cinta,
el músico te adula, te ama el poeta;
Rueda en ti sus foxosos paisajes pinta
con la audaz polícromía de su paleta.

En ti el hábil orfebre cincela el marco
 en que la idea-perla su oriente acusa,
 o en tu cordaje harmónico formas el arco
 con que lanza sus flechas la alirada musa.

A tu voz en el baile crujen las faldas,
 los piececitos hacen brotar las rosas
 e hilan hebras de amores las Esmeraldas
 en ruelas invisibles y misteriosas.

La andaluza hechicera, pañoma arisca,
 por ti irradian, se agita, vibra y se quiebra,
 con el lánguido gesto de la odalisca
 o las fascinaciones de la culebra.

Pequeña ánfora lírica de vino llena
 compuesto por la dulce musa Alegría
 con uvas andaluzas, sal macarena,
 flor y canela frescas de Andalucía.

Subes, creces y vistes de pompas fieras;
 retumbas en el ruido de las metrallas,
 ondulando con el ala de las banderas,
 sueñas con los clarines de las batallas.

Tienes toda la lira: tienes las manos
 que acompañan las danzas y las canciones;
 tus órganos, tus prosas, tus cantos llanos
 y tus llantos que parten los corazones.

Ramillete de dulces trinos verbales,
 javalina de Diana la Cazadora,
 ritmo que tiene el filo de cien puñales,
 que muere y acaricia, mata y enflora.

Las Tirsias canchalesinas de ti están llenas,
 y aman, radiosa abeja, tus bordoneos;
 así riegas tus chispas las nochebuenas
 como adornas la lira de los Orfeos.

Que bajo el sol dorado de Manzanilla
 que esta azulada concha del cielo baña,
 polifona y triunfante, la seguidilla
 es la flor del sonoro Pindo de España.

CANCION DE OTOÑO EN PRIMAVERA

¡Juventud, divino tesoro,
 ya te vas para no volver!
 Cuando quiero llorar, no lloro...
 y a veces lloro sin querer...

Plural ha sido la celeste
 historia de mi corazón.
 Era una dulce niña en este
 mundo de duelo y aflicción.

Miraba como el alba pura;
 sonreía como una flor.
 Era su cabellera oscura
 hecha de noche y de dolor.

Yo era tímido como un niño.
 Ella, naturalmente, fué,
 para mi amor hecho de armijo,
 Herodías y Salomé...

¡Juventud, divino tesoro,
 ya te vas para no volver!
 Cuando quiero llorar, no lloro...
 y a veces lloro sin querer...

La otra fué más sensitiva,
 y más consoladora y más
 halagadora y expresiva,
 cual no pensé encontrar jamás.

Pues a su continua ternura
 una pasión violenta unía.
 En un peplo de gasa pura
 una bacante se envolvía...

En sus brazos tomó mi ensueño
 y lo arrulló como a un bebé...
 Y le mató, triste y pequeño,
 falto de luz, falto de fe...

¡Juventud, divino tesoro,
 te fuiste para no volver!
 Cuando quiero llorar, no lloro...
 y a veces lloro sin querer...

Otra juzgó que era mi boca
 el estuche de su pasión;
 y que me roería, loca,
 con sus dientes el corazón.

poniendo en un amor de exceso
 la mira de su voluntad,
 mientras eran abrazo y beso
 síntesis de la eternidad;

y de nuestra carne ligera
 imaginar siempre un Edén,
 sin pensar que la Primavera
 y la carne acaban también...

¡Juventud, divino tesoro,
 ya te vas para no volver!
 ¡Cuando quiero llorar, no lloro...
 y a veces lloro sin querer!

¡Y las demás! En tantos climas
 en tantas tierras, siempre son,
 si no pretextos de mis rimas,
 fantasmas de mi corazón.

En vano busqué a la princesa
 que estaba triste de esperar.
 La vida es dura. Amarga y pesa.
 ¡Ya no hay princesa que cantar!

Más a pesar del tiempo terco,
 mi sed de amor no tiene fin;
 con el cabello gris, me acerco
 a los rosales del jardín...

¡Juventud, divino tesoro,
 ya te vas para no volver...
 ¡Cuando quiero llorar, no lloro...
 y a veces lloro sin querer!

¡Más es mía el Alba de oro!

A FRANCIA

¡Los bárbaros, Francia! ¡Los bárbaros, cara
 [Luteia!
 Bajo áurea rotonda reposa tu gran Paladín.
 Del cíclope al golpe, ¿qué pueden las risas de
 [Grecia?
 ¿Qué pueden las Gracias, si Herakles agita su
 [crin?

En las locas faunallas no sientes el viento que
 [arrecia.
 el viento que arrecia del lado del férreo Berlín.
 y allí bajo el templo que tu alma pagana des-
 [precia.
 tu vate hecho noivo no puede sonar su clarín.

Suspende, Bizancio, tu fiesta mortal y divina;
 ¡oh Roma, suspende la fiesta divina y mortal!
 Hay algo que viene como una invasión aquilina

que aguarda temblando la curva del Arco
 [Triunfal.
 ¡Tannhäuser! Resuena la marcha marcial y ar-
 [gentina.
 y vese a lo lejos la gloria de un casco imperial.

SINFONIA EN GRIS MAYOR

El mar como un vasto cristal azogado
refleja la lámina de un cielo de zinc;
lejanas bandadas de pájaros manchan
el fondo bruido de pálido gris.

El sol como un vidrio redondo y opaco
con paso de enfermo camina al cenit;
el viento marino descansa en la sombra
teniendo de almohada su negro clarín.

Las ondas sur mueven su vientre de plomo
debajo del muelle parecen gemir.
Sentado en un cable, fumando su pipa,
está un marinero pensando en las playas
de un vago lejano brumoso país.

Es viejo ese lobo. Tostaron su cara
los rayos de fuego del sol del Brasil.
los reos tifones del mar de la China
le han visto bebiendo su frasco de gin.

La espuma impregnada de yodo y salitre
há tiempo conoce su roja nariz,
sus crespos cabellos, sus bíceps de atleta,
su gorra de lona, su blusa de drill.

En medio del humo que forma el tabaco
ve el viejo el lejano brumoso país,
adonde una tarde caliente y dorada
tendidas las velas partió el bergantín...

La siesta del trópico el lobo se aduerme,
ya todo lo envuelve la gama del gris;
parece que un suave y enorme esfumino
del curvo horizonte borraré el confin.

La siesta del trópico. La vieja cigarra
ensaya su ronca guitarra senil,
y el grillo preludia su solo monótono
en la única cuerda que está en su violín.

A ROOSEVELT

¡Es con voz de la Biblia, o verso de Walt
[Whitman]
que habría que llegar hasta tí, cazador!
¡Primitivo y moderno, sencillo y complicado,
con un algo de Washington y cuatro de Nem-
[rod]!

Eres los Estados Unidos,
eres el futuro invasor
de la América ingenua que tiene sangre indí-
[gena,
que aún reza a Jesucristo y aún habla en es-
[pañol.

Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza;
eres culto, eres hábil; te opones a Tolstoy.
Y domando caballos, o asesinando tigres,
eres un Alejandro-Nabucodonosor.
(Eres un profesor de energía
como dicen los locos de hoy).

Crees que la vida es incendio,
que el progreso es erupción;
que en donde pones la bala
el porvenir pones.

No.

Los Estados Unidos son potentes y grandes.
Cuando ellos se estremece hay un hondo tem-
[blor
que pasa por las vértebras enormes de los An-
[des
Si clamáis se oye como el rugir del león.

Ya Hugo a Grant lo dijo: "Las estrellas son
[vuestras".
(Apenas brilla, alzándose, el argentino sol
y la estrella chilena se levanta...) Sois ricos
Juntáis al culto de Hércules el culto de Ma-
[mon;
y alumbrando el camino de la fácil conquista,
la Libertad levanta su antorcha en Nueva York.

Mas la América nuestra que tenía poetas
desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,
que ha guardado las huellas de los pies del
[gran Baco;
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;
que consultó los astros, que conoció la Atlán-
[tida.
cuyo nombre nos llega resonando en Pátón;
que desde los remotos momentos de su vida
vive de luz, de fuego, de perfume, de amor;
la América del grande Moctezuma, del
la América fragante de Cristóbal Colón,
la América católica, la América española,
la América en que dijo el noble Guatemoc:
"Yo no estoy en un lecho de rosas"; esa Amé-
[rica
que tiembla de huracanes y que vive de amor;
hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.
Y sueña. Y ama, y vibra: y es la hija del Sol.
Tened cuidado. ¡Vive la América española!
Hay mil cachorros sueltos del León español.
Se necesitaría, Roosevelt, ser, por Dios mismo,
el riflero terrible y el fuerte cazador
para poder tenernos en vuestras férreas ga-
[rras.

Y, pues contáis con todo, falta una cosa:
[¡Dios!

